

A PROPÓSITO DE LA EFICACIA DE LAS POLÍTICAS SOCIALES DEL ESTADO¹

Guy Bajoit

Universidad Católica de Lovaina, Bélgica
bajoit@anso.ucl.ac.be

RESUMEN

La primera parte del artículo analiza la evolución de las políticas sociales en las sociedades europeas, y en particular su manera de enfrentar el tema de la pobreza. Esta evolución está resituada en el contexto de la mutación económica y política que estas sociedades están viviendo desde hace tres o cuatro decenios. La segunda parte consiste en un comentario de los resultados de una investigación Fondecyt (1020318-7030019), sobre las políticas del Estado chileno para erradicar la indigencia y la pobreza en las comunas de Cerro Navia y Curicó. Se trata de identificar cuáles son las condiciones en las cuales las ayudas del Estado pueden ser eficaces, es decir alcanzar sus objetivos declarados.

PALABRAS CLAVE: ESTADO, POLÍTICA SOCIAL, POBREZA, MUTACIÓN SOCIAL Y CULTURAL, CONTRATO SOCIAL

ABSTRACT

The first part of this article analyzes the evolution of European social policies, and how they deal with poverty in particular. This evolution is located in the context of the economic and political mutation that these societies have been experiencing for the last three or four decades. The second part comments on the results of a Fondecyt research project (1020318-7030019), concerned with Chilean State policies to eradicate indigence and poverty in the Cerro Navia and Curicó communes. The project tries to identify the conditions in which State aid can be effective, in other words, how it achieves its set out objectives.

SOBRE EL AUTOR

Profesor de sociología de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, el autor del presente artículo realizó investigaciones sobre diversos temas: desarrollo, acción colectiva, política social, juventud, cambio social y cultural. Escribió varios libros, entre los cuales el último, *Todo cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*, ha sido publicado en Chile. Desde hace muchos años, ha sido invitado en varias universidades chilenas a participar en programas de enseñanza y en proyectos de investigación. Entre otros, participó en el proyecto de Francisca Márquez y Vicente Espinoza sobre los programas de lucha contra la indigencia y la pobreza diseñados por el gobierno chileno.

1 Traducción: Guy Bajoit y Francisca Márquez.

Si fuera Ministro de Asuntos Sociales, o jefe de gabinete o de administración del Ministro, lo que más me gustaría sería que algún investigador competente me entregara una respuesta clara a una pregunta esencial que me planteo todos los días: ¿cómo tienen que ser concebidos y realizados los programas y los proyectos de ayuda pública, dirigidos a los indigentes y a los pobres, para que sean *eficaces*, es decir, para que ayuden efectivamente a erradicar, o por lo menos a reducir significativamente la pobreza? Dicho de otra manera: ¿de cuáles condiciones depende la eficacia de la ayuda pública en la lucha contra la indigencia y la pobreza?

No se puede eludir el hecho que se trata de una pregunta muy compleja: muchas condiciones tienen que ser reunidas para conseguir semejante eficacia, y no es fácil identificarlas, evaluar sus efectos y medir la importancia relativa de cada una. Además, tenemos que reflexionar seriamente sobre la manera de plantear hoy la "cuestión social", y darnos cuenta que no siempre ha sido planteada como lo es hoy en día, ni con las mismas intenciones.

Por lo tanto, comenzaremos por una reflexión general sobre las orientaciones de la política social, tal como se han podido observar desde hace unos años en los países europeos. Efectivamente, tenemos muchas y buenas razones para pensar que lo que pasa en estos países, termina, tarde o temprano, por suceder también en muchos países del Sur. A partir de los resultados de una investigación realizada en Chile², pasaremos luego al análisis de las condiciones de eficacia de la ayuda pública del Estado chileno.

La evolución de las políticas sociales en los países europeos

Un diagnóstico

Desde hace por lo menos treinta años, numerosos cambios están en curso en las sociedades occidentales del Norte (cambios que se están difundiendo en muchas partes del mundo, y particularmente en América Latina). Entre estos cambios existe uno que nos llama mucho la atención: *la profunda transformación de la relación de nuestros contemporáneos con el sufrimiento individual y colectivo*.

Para nuestros padres y abuelos, el sufrimiento era un infortunio inevitable, que tenían que asumir como parte de su existencia. Esta aceptación, si bien tenía algo de fatalismo, no se reducía sólo a esto. Sufrir para cumplir con las exigencias de sus diferentes roles sociales tenía *un sentido*: su capacidad de aguantar estaba culturalmente legitimada, socialmente valorada e incluso recompensada.

2 Este artículo retoma y analiza los resultados de la investigación *Historias de movilidad social de familias pobres urbanas: respuestas estatales a historias singulares*, Fondecyt n°1020318 y Fondecyt n°7030019 dirigidos por Francisca Márquez, con la participación de Vicente Espinoza y Guy Bajoit (2003).

El "buen" obrero (que no tenía miedo de ensuciarse las manos, que no se asustaba ante el peligro), el "buen" soldado (que, a pesar del fuego alemán, desembarcaba en Normandía), la "buena" esposa (que soportaba a su marido borracho y violento), el "buen" padre (que se sacrificaba trabajando, día y noche, para su familia), la "buena" madre (que se privaba para dejar la comida a sus niños), y tantos otros... aguantaron, sin quejarse, el sufrimiento físico y psíquico que sus roles sociales implicaban. Mientras más sufrían, más gozaban de la aprobación de los demás. Descansar, disfrutar de un momento de placer, sólo era legítimo después de haberlo merecido gracias a una labor más o menos pesada.

Querámoslo o no, ese tiempo se acabó: ya no es lo mismo hoy. Vivimos en un mundo social y cultural que rechaza el sufrimiento: nuestros contemporáneos ya no quieren sufrir, ojalá bajo ninguna circunstancia de su existencia. Veamos: ya no quieren sufrir para *nacer* (el parto tiene que ser sin dolor), ni para *aprender* (el maestro tiene que enseñar jugando), tampoco para *trabajar* (hay máquinas para aliviar cualquier labor), ni para *vivir juntos* (el divorcio está "despenalizado"), ni cuando han cometido *delitos* (los detenidos tienen que tener una cárcel confortable), ni cuando están *enfermos* (hay calmantes para todo), ni siquiera para *morir* (tienen derecho a morir dignamente, con atención paliativa). Hasta los animales tienen el derecho a no sufrir.

Y lo que vale para el sufrimiento físico, vale también para el sufrimiento psíquico. Antes, las personas que tenían problemas síquicos se sentían estigmatizadas y avergonzadas (lo que significa que escondían su malestar: vivían con él o se curaban solas); no se sentían consideradas seriamente por los demás (por lo menos, mientras no fueran peligrosas y, en este caso, se las escondía y olvidaba en manicomios sórdidos). Hoy en día, hay sicólogos en todas partes: en las escuelas, los hospitales, las empresas... Si, por mala suerte, se produce una catástrofe, llegan los sicólogos para ayudar a las víctimas del traumatismo. ¡Y es bien visto, no solamente en las películas de Woody Allen, declararse "en tratamiento psicoanalítico desde hace cinco años"!

Nuestros contemporáneos tienen, en relación con la muerte, la misma actitud que con el sufrimiento. Como lo dice acertadamente Philippe Ariès, la muerte está "escondida"³, es decir que, en muchos casos, el muerto se queda en un hospital aséptico, abandonado entre las manos de profesionales de los funerales, reducido a cenizas en un incinerador... todo lo necesario para que los vivos no tengan que sufrir por culpa de él.

En fin (con razón o sin ella, y ésa no es la pregunta), se trata de un hecho: ¡Ya no queremos sufrir!

3 Ariès (1975): en francés, se habla de "mort inversée".

Una explicación

Este cambio radical de nuestra relación con el sufrimiento se inscribe en una evolución cultural mucho más amplia, que concierne *la relación entre el individuo y la sociedad*.

Con datos de observación, se puede comprobar que, en todos los campos de las actividades sociales, estamos viviendo, desde tres o cuatro decenios, en una época de *mutación cultural*: estamos pasando, poco a poco, de un modelo *industrial* (en el cual el individuo, para dar sentido a su existencia, tiene que someterse a las exigencias de lo colectivo: cumplir con su deber, someterse a la disciplina de las instituciones) a otro modelo, que llamaremos *identitario* (en el cual el individuo afirma su autonomía, su derecho a la autorrealización personal, la prioridad de las exigencias de la persona). Esta evolución está confirmada por múltiples investigaciones empíricas, realizadas por sociólogos⁴, en todos los grandes campos de la vida social: la familia, la escuela, el trabajo, el ocio, la religión, la ciudadanía...

Este “llamado del Individuo” –escrito aquí con una “I” mayúscula, porque es como un nuevo “dios”, a la orden del cual cada pequeño individuo concreto tiene que someterse– se traduce en *cuatro mandamientos* esenciales:

- es un llamado a la *autorrealización* de sí mismo: “sé tú mismo”, o más bien, “vuélvete tú mismo, en el curso de tu vida”; “busca en ti lo que eres, descúbrello por la experiencia, y realízalo”;
- es, por ende, un llamado al *libre albedrío*: “sé autónomo, sujeto de tu vida, toma tus opciones, decide por ti, no te dejes imponer nada por los demás (salvo si te conviene)”;
- es también un llamado al *placer*: “goza de la vida, aquí y ahora, vive con pasión, con emoción” (y por supuesto: “¡no sufras!”);
- y, finalmente, es un llamado a la *prudencia*: “cuídate: vives en un mundo de riesgos”.

Por supuesto, estos cuatro mandamientos no son fáciles de cumplir. Sobre todo cuando son contradictorios: ser sujeto implica tomar riesgos y, a veces, someterse a los demás; autorrealizarse implica trabajo, esfuerzo, y no siempre es un placer. Sin embargo, la mayoría de los mensajes culturales difundidos todos los días por múltiples canales (publicidad, televisión, películas, revistas...) y reproducidos por nuestras instituciones de socialización (familia, escuela, empresas...), llaman a cada individuo a someterse a las orientaciones y significaciones propuestas/impuestas por el “Gran Individuo Abstracto”.

4 Inglehart (1993), Bréchon (2000), Bawin (2001).

Explicar, en pocas palabras, el origen y las causas de esta mutación no es una tarea fácil: prefiero recomendar la lectura de un libro (que se lee sin sufrir)⁵. Sin embargo, se entiende fácilmente que las creencias culturales tienen algo que ver con las prácticas sociales: existe una tendencia a realizar una “correspondencia” entre el tipo de individuo “producido” por la cultura, y el tipo de individuo que necesitan las instituciones económicas, políticas y sociales. En el mundo actual –en el *Chile actual*, diría T. Moulian⁶– la modernización (es decir, el paso de la sociedad capitalista, industrial y nacional a la sociedad mercantilista liberal, post-industrial y mundializada) necesita individuos que sepan *competir, consumir y comunicar*. Los cambios tecnológicos (información y comunicación), económicos (de consumo y de competencia) y políticos (los procesos de intercambios mundiales) *implican*⁷ que los individuos sigan este tipo de patrón.

Una contradicción

Las evoluciones que acabo de recordar encierran una contradicción absolutamente central, que penetra profundamente en la conciencia de muchos individuos de hoy, y más todavía, de los jóvenes. Veamos:

- por un lado, como hemos visto, todos se sienten llamados a volverse sujetos de autonomía y de autorrealización, en un mundo de placer y de seguridad;
- pero, por otro lado, muchos se encuentran en una situación cada vez más precaria y hasta excluidos de estos “bienes” por el funcionamiento mismo del modelo económico y político mercantilista liberal.

¡Muchos son los llamados pero pocos los elegidos! Este modelo *implica* (en el sentido preciso de la palabra) desigualdad y exclusión social: su propio funcionamiento las genera y regenera sin parar, porque pertenecen a su lógica estructural. La competencia, por definición, no puede sino fabricar vencedores y perdedores: su función es seleccionar “los mejores” y, por lo tanto, eliminar a los otros⁸; la carrera para la informatización y la robotización no puede dejar de producir descalificación profesional y desocupación estructural; la carrera para el consumo no puede sino dejar a los consumidores un sentimiento de vanidad y de vacío de sentido (además de muchas deudas que pagar); la carrera para la comunicación no puede evitar de reforzar el sentimiento de soledad de los jóvenes frente a su celular o su computador. En todo caso, los vencidos siguen perdiendo y los

5 Bajoit (2003).

6 Moulian (1997).

7 “Implicar” no significa “causar”. Más bien, la implicación se refiere a una “causalidad funcional”: la causa necesita sus efectos para poder continuar a actuar como causa. Es decir que los efectos son, por lo menos en parte, causa de la causa. Preciso este punto para tranquilizar algunos lectores: no “creo” que la cultura sea un mero “reflejo” de las condiciones materiales de existencia, ni tampoco que los individuos sean un puro “producto” de las determinaciones sociales.

8 Y quienes fueron eliminados una o varias veces no tienen la misma capacidad que los otros de vencer en las próximas carreras: hacemos creer esto, a partir del “paradigma del deporte”, es un efecto muy funcional de la ideología neoliberal. La verdad es que los perdedores de hoy son, en general (con pocas excepciones), los vencidos de mañana. Lo mismo para los vencedores.

ganadores siguen ganando. Incluso si se mejoran para todos las condiciones materiales de existencia, el *sentimiento de injusticia* es más fuerte que antes, simplemente porque las desigualdades y la exclusión están creciendo. Incluso, y esto me parece esencial, si la *pobreza absoluta* se ha reducido, la *pobreza relativa* sigue aumentando.

Pero, al mismo tiempo, estos grupos afectados por la precariedad y la pobreza relativa escuchan, como todos, los llamados repetidos del Individuo a la autorrealización, la autonomía, el placer y la seguridad. En su conciencia, esta contradicción estructural se traduce en tensiones existenciales difíciles de soportar. Se sienten sometidos a un "*double bind*": el "sistema" los llama a *vivir su vida*, pero, al mismo tiempo, les prohíbe *ganar su vida*, excluyéndolos de la repartición de recursos. Muchos tienen que optar: o se ganan la vida, aceptando pequeños empleos precarios y sin interés, pero sin tener el tiempo para vivirla; o viven la vida, pero con pocos, o sin nada de recursos. Y, a veces, no pueden hacer ni lo uno, ni lo otro.

El resultado, esencial para el tema que estamos tratando aquí, es el siguiente: *el sufrimiento individual y social*, sobre todo psíquico, pero también físico, *aumenta de manera simultánea con una cultura o ambiente que lo considera ilegítimo, sin sentido, absurdo.*

Muy concretamente: el Estado neoliberal no deja de repetir a los pobres que tienen el derecho de vivir con dignidad, integrados en una sociedad equitativa, donde son invitados a ser individuos y ciudadanos, y, simultáneamente, este mismo Estado adopta un modelo económico que genera estructuralmente un auge de la desigualdad, de la exclusión, y, por ende, de la pobreza relativa. Cuando se habla hoy de "nueva" pobreza, es para designar el efecto sobre los pobres de esta paradoja, que efectivamente es nueva: los pobres de ayer no se hacían ilusiones; los de hoy viven su esperanza de salir de la pobreza como una ilusión. Y no solamente sufren de la pobreza: sufren también de sentirse *engañados* por el discurso ambiguo del Estado. Al sentirse traicionados, sus reacciones son diversas (el oportunismo, la delincuencia, la rabia, la enfermedad mental, la dependencia de las drogas), pero ya no la humildad, la docilidad y la lealtad, que los Estados y los ciudadanos en general suelen esperar de los pobres. De allí viene la inseguridad para todos: *los pobres son mucho más peligrosos cuando esperan que cuando desesperan*, cuando ven que la "torta" crece y que la parte que les toca a ellos, incluso si es un poco mejor que antes, no está a la altura de sus expectativas. El sentimiento de injusticia no depende de la pobreza absoluta, sino de la pobreza relativa.

Las nuevas políticas sociales

El proyecto mercantilista liberal no se limita a ser un modelo económico: pretende ser *un proyecto global de sociedad*, fundado sobre la antigua utopía liberal.

Por lo tanto, los promotores de este proyecto, que actúan a nivel mundial, nacional o regional, necesitan comprobar que son *capaces de realizar el interés general*. Esto implica que tienen que tomar en consideración los efectos estructurales negativos que produce el funcionamiento de su modelo. Y el sufrimiento social, resultado de la exclusión y de la inseguridad⁹, es, sin lugar a dudas, uno de sus efectos más negativos¹⁰.

Por lo tanto, los dirigentes de los Estados de hoy se encuentran atrapados *entre dos fuegos*: por una parte, tienen que ponerse al servicio del proyecto económico que implica el modelo mercantilista liberal (y por esto, reducir, o por lo menos comprimir los impuestos, los gastos sociales y los costos de la fuerza de trabajo, para favorecer la competitividad de las empresas sobre los mercados mundiales); por otra parte, tienen que controlar los efectos negativos de este modelo, para que no perjudiquen la paz indispensable a la vida en común, lo que implica, entre otras cuestiones, que tienen que solucionar la nueva "cuestión social". Dicho más brutalmente: *¿cómo erradicar la exclusión y la inseguridad relativas, que no dejan de crecer, con los menores recursos públicos posibles?*

Respuesta: ¡cambiando de método!, es decir abandonando paulatinamente la concepción de la política social del Estado llamado "de bienestar social", para adoptar una nueva concepción, la del Estado neoliberal. Para justificar el cambio, los partidarios de la nueva visión comenzaron por denunciar muy duramente la ineficacia y la ineficiencia de las políticas sociales del Estado de bienestar: sus métodos fueron juzgados muy caros y sus resultados insuficientes.

Los métodos nuevos nos llegaron, en parte, de afuera (del Banco Mundial, de los Estados Unidos, de Gran Bretaña). Como lo explica muy bien Gilles Bibeau¹¹, para luchar contra la pobreza en el mundo, el Banco Mundial, utilizando los conceptos de J. Coleman, R. Putnam o F. Fukuyama, financia programas destinados a reforzar el *capital social* de los excluidos, es decir, orientados a restaurar la confianza entre vecinos, extranjeros e instituciones; y a consolidar su red relacional y su participación en la vida asociativa.

Pero los países europeos han sabido también inventar su propia concepción, adecuada a la situación específica de Estados que fueron, y que, hasta cierto punto, siguen siendo socialdemócratas. Lo que en Bélgica llamamos "*política*

9 La exclusión y la inseguridad son las dos caras de la misma medalla. No es sorprendente, entonces, que el Presidente francés, J. Chirac, sea capaz de ganar dos elecciones sucesivas, la primera vez (1996), centrando su propaganda electoral en la exclusión social, y la segunda (2003) en la inseguridad.

10 Existen varios otros efectos: el aumento de la desigualdad entre el Norte y el Sur, los riesgos ecológicos, sanitarios y alimentarios, la destrucción de las culturas locales por la mundialización de la cultura occidental, la expansión de un individualismo excesivo, etc.

11 Bibeau (2004).

*social activa*¹² no corresponde completamente a lo que, en América del Norte, se llama fortalecer el *capital social* de los pobres.

En Europa, la idea central de la nueva política social es la de “*activación*”. El Estado tiene que *dejar de asistir a los excluidos*; las prácticas de asistencia y de protección, que fueron los pilares de la política social del Estado de bienestar, están desapareciendo poco a poco. Según los defensores de las ideas nuevas, la asistencia tendría como resultado hundir a los pobres en la pobreza en lugar de ayudarlos a salir de ella. Además, fabricaría eternos dependientes y, peor todavía, aprovechadores; y más aun, sería contraria a la dignidad humana, a la cual, por supuesto, los excluidos tienen derecho. En lugar de asistirlos, sería mucho mejor “*activarlos*”, lo que significa, esencialmente, tres objetivos complementarios:

- la política “social activa” tiene que responsabilizar a los pobres en la conducta de su vida; tiene que enseñarles la autonomía, recalificarlos social y técnicamente, restaurar su capacidad de volver a competir en el mercado del trabajo;
- tiene también que enseñarles a ser más cívicos, a no depender de la solidaridad pública, poniéndoles condiciones cada vez más exigentes para su acceso a la ayuda social, y persiguiendo muy firmemente a los aprovechadores;
- y además, esta política tiene una importante dimensión de seguridad respecto a la población: el delincuente tiene que saber que será castigado.

Siempre, en este tipo de materia, las palabras utilizadas son indicadores semánticos de los cambios en curso. Así, en Bélgica, lo que se llamaba “Comisiones de *asistencia* pública” cuando las crearon en 1925, se vino a llamar en 1975 “Centros públicos de *ayuda* social” y, está previsto que, en un año más, se llamen “Centros públicos de *acción* social”. Entre *asistencia*, *ayuda* y *acción*, existen mucho más que simples matices de lenguaje. Estos cambios se inscriben, muy claramente, en el contexto de las transformaciones sociales y culturales que hemos explicitado más arriba: son coherentes con el “llamado del Individuo”. El Estado estimula (o, por lo menos, pretende hacerlo) la autonomía y la responsabilidad individual de los excluidos, para que salgan de la pobreza por sus propios esfuerzos y que vuelvan a competir en el mercado laboral. Los invita a respetar el civismo y la seguridad colectiva. Los llama a integrarse a la sociedad y a gozar de los bienes de consumo. Como el Estado neoliberal tiene que gastar lo menos posible, los excluidos tienen que contribuir, por sus iniciativas, a resolver sus propios problemas (*activación*) y dejar lo antes posible de depender de la ayuda pública (*civismo*). Además, cada vez que sea posible, el Estado tiene que delegar las tareas de la política social a la sociedad civil, es decir a un conjunto de organizaciones privadas, que son subsidiadas por él y operan bajo su control.

12 Así se llama, por lo menos en Bélgica, pero corresponde a la misma concepción en los países europeos en general.

Estamos en presencia aquí de un ejemplo particularmente claro de *ideologización* de una práctica social: como los métodos del Estado de bienestar parecieron demasiado caros para el Estado neoliberal, éstos pasaron a ser malos (la asistencia produciría el efecto inverso del resultado esperado). Pero para justificar los nuevos métodos (la activación), hubo que invocar el interés del beneficiario (la dignidad, el derecho a la integración social, la autonomía, la responsabilidad, la ciudadanía).

Al decir esto, no afirmo que los métodos antiguos eran mejores (o peores) que los nuevos: ¡no lo sé! ¡Pero creo que los que conciben la nueva política social tampoco lo saben! ¿Será mejor activar que asistir? ¿O lo contrario? ¡No sabemos! Y la credibilidad de los argumentos es totalmente cultural: ayer la asistencia era creíble, como hoy la activación lo es. Pero de confirmación empírica: ¡nada!

Historias de movilidad social de familias pobres urbanas en Chile

Examinaremos ahora los resultados del interesante trabajo de investigación de Francisca Márquez y Vicente Espinoza, para ver de qué manera se conciben y realizan las políticas sociales en Chile. Los investigadores querían saber si, entre 1992 y 2002, la lucha del Estado contra la indigencia y la pobreza había favorecido la movilidad social de los beneficiarios y, de ser positiva la respuesta a esta pregunta, si este efecto benéfico se podía atribuir a los programas de ayuda pública.

Los investigadores combinaron métodos cuantitativos (por cuestionarios), sobre una muestra de 600 personas (en dos comunas, Cerro Navia y Curicó¹³) y métodos cualitativos, entrevistando en profundidad una muestra de 45 personas. Estas dos comunas, una en la capital, la otra en provincia, fueron consideradas por los autores como una muestra representativa del mundo de la pobreza en Chile.

¿Cómo definir y medir la eficacia?

La eficacia de un programa de ayuda social está definida, en esta investigación, como la capacidad de favorecer la movilidad ascensional de los pobres y de los indigentes, la que se define en la encuesta *cuantitativa*, como el hecho de haber subido, entre 1992 y 2002, de una categoría a otra mejor (de 'indigente' a 'pobre', o a 'modesto' o a 'no-pobre'), en una escala comparativa de las condiciones materiales de existencia. En cambio, en la investigación *cualitativa*, la movilidad está definida por la combinación de dos variables: la *integración funcional* (defini-

13 La investigación se llevó a cabo en dos comunas de Chile: por un lado, Cerro Navia, ubicada en la Región Metropolitana, con altos índices de pobreza y una política municipal que privilegia un enfoque participativo en la implementación de las políticas y programas sociales, y por otro lado, Curicó, VII Región, una comuna con un componente de pobreza urbana y rural, pero con exitosos indicadores de gestión municipal en términos de la focalización de sus recursos y programas sociales, además de un enfoque fuertemente asistencial/tecnocrático en la implementación de los programas sociales.

da como la capacidad de las personas de generar ingresos por su trabajo, dejando así de depender de la ayuda financiera del Estado) y la *integración social* (definida como su capacidad de diversificar sus redes relacionales y de ejercer plenamente sus derechos de ciudadanos). Hablaremos aquí de *movilidad cuantitativa* para referirnos a la primera definición, y de *movilidad cualitativa*, para la segunda.

De inmediato, una observación se impone: se nota claramente que la manera de plantear el problema de la movilidad es reveladora del cambio señalado más arriba, en las concepciones de las políticas sociales. En el primer caso, se puede considerar que la ayuda del Estado es eficaz si los beneficiarios han mejorado, en diez años, sus condiciones materiales de vida (más precisamente, si disponen de mayor cantidad de bienes de equipamiento). En el segundo caso, la ayuda sólo es considerada eficaz si los beneficiarios han conseguido integrarse mejor a la sociedad: aumentando su autonomía individual en relación al Estado y diversificando sus redes de relaciones (es decir reforzando su "capital social").

Así, estas dos definiciones se refieren a dos concepciones distintas de la política social: asistencial y activadora. Y pueden ser muy contradictorias cuando se trata de evaluar la eficacia: en efecto, una familia puede perfectamente haber mejorado sus condiciones materiales de existencia (movilidad cuantitativa) *gracias a la ayuda del Estado* y seguir dependiendo de ella para sobrevivir. Es decir, no ser, más que antes, ni autónoma, ni integrada (inmovilidad cualitativa). ¡En estos casos, uno diría que la ayuda fue eficaz y otro que no!

Evaluación de la eficacia de la ayuda del Estado

Plantearé ahora dos preguntas. La primera concierne la movilidad: ¿Hubo, o no, movilidad ascensional (cuantitativa y/o cualitativa) entre 1992 y 2002? La segunda trata de la política del Estado: para quienes alcanzaron cierto nivel de movilidad, ¿en qué medida se le puede atribuir este cambio a la ayuda estatal y no a otras variables?

Sobre la movilidad cuantitativa

En diez años, para la muestra concernida, 74,9% de las familias han subido de categoría, es decir que han pasado de 'indigente' a 'pobre', o a 'modesto' o a 'no-pobre'. Más subjetivamente, en la percepción de la gente: "Más de la mitad de las (familias) entrevistadas (54%) consideran que la situación actual de su hogar es mejor que la del hogar de sus padres" y un "55,1% de la gente declara recibir más subsidios que antes"¹⁴ (gracias a la política de focalización). Es indiscutible: según estos datos, hubo en diez años una apreciable movilidad ascensional cuantitativa. Pero ¿será a causa de la ayuda del Estado?

14 Márquez y Espinoza, Informe Final Fondecyt 1020318, 2004.

La respuesta parece ser positiva, por lo menos, considerando las cinco formas de ayuda que entrega directamente la municipalidad. Sin embargo, esta eficacia parece ser mejor para algunas familias que para otras. Primero, para que la ayuda sea eficaz, la familia tiene que haber recibido varias formas de asistencia: "En ambas comunas, quienes más han visto incrementado el número de subsidios que reciben, son también quienes han logrado superar la pobreza en la última década [...] En Cerro Navia, la mitad de los hogares que han superado la pobreza han visto incrementado el número de subsidios que reciben; mientras que en Curicó nada menos que el 69% de los hogares que han superado la pobreza se encuentran en esta situación. En los hogares que entran a la pobreza destacan aquellos que nunca han recibido subsidio o que reciben la misma cantidad. En Cerro Navia también hay indicaciones de que quienes dejan de recibir subsidios municipales entran en situaciones de pobreza". Además, la ayuda del Estado parece ser más eficaz cuando otras condiciones son reunidas: para los más jóvenes, los más instruidos, los que tienen menos carga familiar... Es decir, justamente, los casos menos graves.

A primera vista, uno podría llegar a la conclusión que la ayuda del Estado es eficaz para favorecer la movilidad cuantitativa. Sin embargo, nos quedan algunas dudas. Por ejemplo:

- si consideramos a quienes subieron de categoría: en Cerro Navia, un 51% llegó a este resultado, sea sin ayuda del Estado, con menos o con la misma cantidad de ayuda que antes. En Curicó, al contrario, son solamente el 30,6% quienes se encuentran en este caso.
- si consideramos ahora a quienes bajaron de categoría: en Cerro Navia, un 41,7 % sufrieron esta regresión a pesar de un aumento de la ayuda del Estado, y en Curicó, un 53,8 % está en el mismo caso;

Así que resulta difícil dar una respuesta clara y simple a las dos preguntas respecto a la movilidad cuantitativa. En ciertas condiciones, la ayuda del Estado es útil a la movilidad, y en otras no.

Sobre la movilidad cualitativa

Para favorecer la integración funcional (la autonomía financiera) de quienes necesitan ayuda, encontrar un empleo es prácticamente la única solución. "Nuestra investigación confirma efectivamente que la capacidad del Estado y sus agentes de vincular a las familias al mercado laboral y asegurar su inserción laboral, es siempre un factor que incide en las probabilidades de movilidad social ascendente".

Entre los 45 casos analizados, sólo se encontraron dos de los cuales se puede decir que "el Estado ha gatillado la movilidad social", y, en los dos casos, estas

personas encontraron efectivamente su empleo gracias a la ayuda estatal. “La clave [...] está en la capacidad de un programa social de vincular e insertar a un miembro de la familia, en este caso mujeres jefas de hogar, en el mercado laboral. [...] El posterior retiro del Estado, no fue resentido por ninguna de las dos; insertas en una red laboral y vecinal sólida, ellas pudieron continuar de manera sustentable, junto a sus familias, el proceso de movilidad”.

Se puede observar lo mismo en la encuesta cuantitativa, pues todas las familias del universo que lograron que alguno de sus miembros encontrara un trabajo con la ayuda del Estado, muestran evidencias significativas de mejorías en sus ingresos y calidad de vida. La pauta que puede apreciarse señala que los proveedores cesantes se asocian con mucha probabilidad a hogares en pobreza crónica.

En lo que se refiere a la integración social (redes relacionales), los más móviles son también quienes logran establecer contactos con los funcionarios de la municipalidad, los consejeros municipales, los alcaldes y los dirigentes de ONG. Tienen dos veces más contactos que los pobres crónicos, y casi cuatro veces más que quienes conocieron una movilidad descendiente. ¡Señalemos de paso que “los contactos con parlamentarios [...] no parecen tener efectos”!

Como bien se sabe, el buen uso de una red relacional es muy importante. En efecto, la investigación señala que todas las familias comparten la percepción que ser o no ser sujeto de subsidio o ayuda social es finalmente un asunto de criterio, de buena o mala voluntad del agente responsable de asignarlos. Obtener o no perder los subsidios monetarios¹⁵ es percibido siempre como una lucha o un juego de astucias y de estrategias entre la familia y el agente del Estado.

Además, estas redes permiten acceder a una condición esencial de la ayuda: la *información*. Efectivamente el principal recurso que circula en estas redes es la información; 55% de los contactos entregan información que el respondente considera de utilidad. Hay otras familias, en general de marginalidad extrema, a quienes la ayuda de la red estatal no los “toca”, no les “llega”, ya sea porque no comprenden cuáles son los términos sobre los cuales construir una relación con el Estado o simplemente nunca supieron o entendieron que existía una oferta pública de la cual podían valerse¹⁶.

Evaluar la eficacia de la ayuda del Estado es, como se puede apreciar, una tarea bien difícil. De los resultados presentados aquí se puede concluir que, obviamente, esta ayuda sólo es eficaz en ciertas condiciones. Trataremos ahora de *proponer una síntesis de estas condiciones*.

15 Subsidio Único Familiar, Subsidio al Agua Potable, Subsidio a la Invalidez, entre otros.

16 Fondecyt 1020318.

Las condiciones de la eficacia de la ayuda del Estado

1. La voluntad de surgir

Es evidente que la ayuda es más eficaz con quienes tienen realmente la voluntad de surgir, con quienes se sienten capaces de hacerse cargo de sí mismos, con quienes tienen voluntad y coraje. Es, en todo caso, lo que piensan los trabajadores sociales, entre otros, a quienes hemos escuchado en Cerro Navia y en Curicó¹⁷. Tenemos que tomar muy en serio esta opinión de los asistentes sociales, porque son ellos quienes mejor conocen a sus “clientes”. Pero, el corolario –muy peligroso– de esta convicción, es que muchos agentes del Estado creen que si los pobres no logran salir de la pobreza, es porque no quieren.

Pero obviamente, esta falta de voluntad no explica nada, porque no hace sino desplazar el problema: sabiendo que ningún pobre se declara satisfecho de vivir en tal condición de vida, el problema es saber ¿por qué les falta la voluntad de surgir? “La cultura de la decencia y de la integración social, como aspiración y práctica, está presente en las 45 familias entrevistadas”. Si todos quieren surgir, y no tienen la voluntad –como señalan las asistentes sociales– significa que esta voluntad, precisamente, debe haber sido quebrada, desgastada, por su experiencia de pobreza. En consecuencia, el problema mayor de la política social pasa a ser justamente cómo restaurar esta voluntad.

En este proceso de restauración, tenemos que subrayar la importancia de los niños. Un entrevistado explica su voluntad de surgir: “para que mi hijo no sea un perro como yo!”. O también, como lo observa un trabajador social de Cerro Navia, la importancia de las mujeres: ellas surgen más fácilmente cuando deciden no contar más con la ayuda de su marido y asumir ellas la iniciativa del sustento de sus hogares. Esto nos hace pensar que el problema de “la voluntad” se plantea de manera distinta para los hombres y para las mujeres, con niños o sin niños.

Pero también, se sabe perfectamente que la voluntad no siempre es suficiente: a veces, a pesar de toda su buena voluntad, los pobres no logran surgir.

2. El interés de surgir

La falta de interés es un asunto bastante más complejo. Ocurre, efectivamente, que los pobres pueden no tener interés en volverse autónomos del Estado, porque esto significaría para ellos el fin de las ayudas que reciben y a las cuales están acostumbrados. O porque su autonomía significaría tener que

17 En el marco de un Proyecto de Cooperación Internacional (7030019), he podido participar como investigador (2003) en dos discusiones grupales con asistentes sociales de las municipalidades de Cerro Navia y Curicó.

enfrentar gastos suplementarios, que no tienen que asumir mientras continúen como dependientes.

Como lo decía justamente un trabajador social de Curicó: "A veces, ellos son castigados por vivir mejor" o "La mayoría de los pobres tienen interés en seguir siendo pobres para continuar gozando de las ayudas". De allí, un problema importante de la política social: ¿cómo hacer perder a los pobres esta mentalidad de asistidos, que llegó a ser para muchos una costumbre, una manera de vivir, que los mantiene en la pobreza crónica? ¿Cómo hacer para que los pobres no tengan más interés en seguir siendo dependientes del Estado?

Existen situaciones aun peores: algunos no tienen interés en dejar de ser pobres porque ganan mucho más dinero siéndolo: los que mendigan, se prostituyen, roban, trafican drogas... Estos parecen relevar de otra problemática. De hecho, *son autónomos*, pero es gracias a prácticas ilegales, lo que significa que son delincuentes. Sin embargo, muy probablemente, la pobreza los llevó a la delincuencia, y el miedo de recaer en la pobreza los incita a seguir en sus prácticas ilegales. Como se ha podido observar en algunos casos, es a veces el miedo de perder el cuidado o incluso el respeto de sus niños o de sus más cercanos que puede incentivarlos a buscar nuevas vías de integración.

3. Un mínimo de recursos

Puede parecer paradójal, pero es sin embargo evidente que la ayuda social es más eficaz con los que menos la necesitan. Como lo confirma la investigación, las familias que cuentan con otros recursos (relaciones, instrucción, salud, juventud, matrimonios estables, pocos niños... y un poco de dinero propio), tienen ciertamente más posibilidades de surgir solos. En estos casos, el pequeño suplemento que el Estado les otorga es susceptible de ser aprovechado más eficazmente, al servicio de un proyecto de movilidad que ya está encaminado.

Esto lo confirma tanto la investigación cuantitativa como cualitativa (19 casos de 45). "Para estas familias la red de ayuda estatal no constituye su única ni principal red de ayuda. Para la mayor parte de ellas, la obtención de una vivienda social ha sido el recurso que ha permitido consolidar una trayectoria que se anunciaba *desde antes* como ascendente".

Existen sin embargo notables excepciones a esta correlación que parece tan evidente. "Es el caso de familias que logran por ejemplo, obtener una casa, pero que una vez obtenida, comienza su descenso social producto de las nuevas condiciones de vida". Puede ocurrir, efectivamente, que la casa signifique para ellos cargas suplementarias que no pueden soportar, que su nueva casa los aleje de su lugar de trabajo o los obligue a dejar su trabajo sin encontrar otro. En estos casos, el "regalo" del Estado produce *efectos perversos*. "El Estado anula la

trayectoria de movilidad social, cuando éste otorga subsidios o información que inhiben recursos y capacidades que la familia ya poseía. [...] Es el caso, por ejemplo, de una familia cuyo jefe de hogar pierde su trabajo como independiente tras recibir una vivienda donde, por razones de espacio y normativas, no puede instalar su negocio". "En efecto, al contar con una vivienda en mejores condiciones, sube el puntaje de la Ficha CAS, que es la condición de acceso a los subsidios municipales".

4. La centralidad del empleo

Ya lo dijimos más arriba. Recordamos simplemente aquí que, en nuestras sociedades, la única manera legítima de ser autónomo, de no depender de la solidaridad pública es generar sus ingresos por su propio trabajo. Lamentablemente, para los indigentes y los pobres, con las pocas calificaciones profesionales que tienen, no existe en general sino empleos precarios. La mayor estabilidad ocupacional se aprecia entre los obreros agrícolas, de la construcción y la manufactura, así como entre las trabajadoras de casa particular.

5. Una buena red relacional

Esta condición, ya señalada más arriba, corresponde exactamente a la concepción de la política social fundada en la idea de "capital social". La pobreza se acompaña habitualmente de la soledad, y sobre todo del "encierre dentro de ghettos" de los pobres. Y no es fácil, una vez perdida, restaurar la confianza hacia sus vecinos, los extranjeros y las instituciones; difícil es también la solidaridad y la movilización colectivamente organizada; más difícil aún el logro de una red relacional más allá de su propio medio. La pobreza genera una cultura de la vergüenza y de la culpabilidad, produciendo a su vez problemas identitarios que complejizan las relaciones sociales.

6. Una lógica de acción del pobre, que sea adaptada a sus necesidades

Como es sabido, en sus relaciones con los agentes de las políticas sociales, los pobres pueden adoptar diversas estrategias y, según las circunstancias, pasar de una a otra. "Lo primero que habría que señalar, es que la lógica de interacción entre la familia y el Estado varía en el tiempo".

La estrategia más común es el *pragmatismo*: "En términos generales, entre estas 45 familias tiende a predominar una estrategia de acción fundamentalmente *pragmática* frente al Estado". "Se sabe callar cuando es necesario callar, y hablar cuando es necesario hablar". "Todas las familias tienden a aceptar (a menudo incondicional y silenciosamente) del Estado toda ayuda, material o simbólica, aun cuando no corresponda a lo solicitado o deseado".

Muy excepcionalmente, el pobre opta por una estrategia conflictiva, salvo cuando pertenece a una organización reivindicativa. "Se observa que entre las familias de trayectorias ascendentes, estas situaciones de conflicto tienden a darse entre aquellas que participan en alguna organización y cuentan por tanto con una red de apoyo alternativa".

A veces, sin embargo, también sucede que algunos renuncian a solicitar ayuda, o rompen la relación con el trabajador social: puede ocurrir cuando ya recibió lo que quería, pero también cuando, para conseguirlo, tendría que soportar un "costo" que le parece excesivo. Este costo puede ser su participación en un programa o el miedo a las consecuencias negativas de la ayuda¹⁸, como es el caso de algunas familias que rechazan el subsidio a la vivienda por considerarla excesivamente pequeña o alejada de sus lugares de trabajo. Pero también la renuncia a participar de la red de ayuda pública se gatilla por el deseo de evitar la humillación, la falta de respeto, o un gesto de discriminación que podría herir la dignidad.

La lealtad es otra estrategia: colaborar activamente con el agente social. Pero hay que reconocer que no es ésta la actitud más frecuente. "Las familias pobres de nuestro universo de estudio suelen aceptar los términos de la interacción con el Estado más por necesidad que por convicción con la lógica estatal".

Pero, lo que esta investigación pone en evidencia es que lo más importante para que la ayuda sea eficaz no es la estrategia (pragmatismo, conflicto, huida o lealtad) del candidato a la ayuda —además, en la amplia mayoría de los casos, es pragmático— sino más bien el sentirse en un ambiente de confianza, animado a expresar sus problemas, y por lo tanto, a tomar conciencia de ellos.

7. Una lógica de acción del agente social, adaptada a las necesidades del pobre

Desde hace más o menos un siglo, los Estados modernos y sus agentes encargados de las políticas sociales, han concebido diversas maneras de hacer su trabajo. Todo depende de la idea que se hacen de lo que es la pobreza y del método que creen pertinente para resolver este problema. Los investigadores identificaron cuatro maneras de ejercer la ayuda social hoy en Chile: la lógica tecnocrática y asistencial (dar ayuda material, sin exigir contrapartida del pobre); la lógica equitativa y participativa (dar ayuda material, pero siempre pedir, como condición, una contribución del pobre); la lógica de deferencia (no dar ayuda material, pero ayudar al pobre a conseguir la capacidad de salir por sí mismo de la pobreza), y la lógica de anonimato (no ayudarlo, o muy poco, en nada).

18 En ciertos casos, conseguir una casa resulta más caro (mantención, cuentas...) que seguir sin casa.

Según los resultados de la investigación en Cerro Navia y Curicó, no pareciera ser tan importante privilegiar una lógica más que otra: “no se observa una relación entre la lógica de interacción Estado/familia y el tipo de trayectoria de movilidad social”. Lo que sí importa es que el agente social sepa comprender bien cuáles son las necesidades de su “cliente” y adaptar su lógica de ayuda a la solicitud de cada caso particular. “Si bien es cierto que aquellos programas sociales que incorporan un componente de participación ciudadana, generan ciertamente más consenso y adhesión entre las familias, también es cierto que no necesariamente ellos inciden positivamente en las trayectorias de movilidad. Para que ello suceda, la clave es que los recursos públicos logren articularse, dialogar y por tanto potenciar las capacidades y aspiraciones de la familia”. “Una lógica equitativa y participativa no necesariamente favorece o se asocia a una trayectoria de movilidad ascendente; tampoco un programa social con una lógica tecnocrática/asistencialista necesariamente favorece la inamovilidad o el *dejarse estar*. La movilidad social puede asociarse a programas sociales con lógicas de interacción muy diversas”.

Sin embargo, los trabajadores sociales de hoy, sensibles a las ideas en boga, tienen tendencia a considerar que la asistencia hunde los pobres en su condición; piensan que no hay que “mal acostumarlos”, dándoles lo que quieren (luz, pañales, comida...), pero que su rol es “enseñarles a trabajar, reeducarlos”. La verdad es más matizada: depende de los casos. A veces, no hay nada mejor que seguir asistiendo una familia, entregándole una ayuda permanente; en otros casos, al contrario, se puede exigir de la familia el esfuerzo que le permitirá surgir; a veces, la ayuda tiene que ser global, pero en otros casos, mejor que sea puntual y momentánea. Todo depende de los casos, y es justamente por esto que la profesión de trabajador social es tan compleja.

8. Una buena relación entre el “cliente” y el trabajador social

Esta condición es probablemente la más importante de todas. “La incidencia de las políticas sociales dice relación justamente con la capacidad del Estado y sus agentes de comprender estos mundos sociales de la pobreza; en su capacidad de comprender y dialogar sobre códigos comunes, más que sobre códigos y lógicas preconstruidas desde las políticas y los programas sociales”. Lo que importa es “la capacidad de los agentes sociales de detectar y diagnosticar las necesidades concretas de las familias en sus distintos ciclos de vida, pero también, su capacidad de comprender las culturas y prácticas sociales propias de cada familia”. Y, por supuesto, la cualidad de la relación depende antes que nada de las capacidades profesionales y humanas del trabajador social: es por esto que *su buena formación es imprescindible*.

En esta relación de colaboración, lo más importante parece ser el respeto del trabajador social para su “cliente”: éste, efectivamente, está fragilizado en su

identidad (en su autoestima) y en su dignidad; tiene vergüenza y se siente culpable de su situación, y por lo tanto, necesita respeto. "Para las familias no existen o poco interesan los criterios técnicos del Estado en la asignación de recursos; para ellas las respuestas públicas se explican y dependen finalmente de cuánto 'me ve', 'me estima', 'me reconoce', 'me considera'..." En esta percepción se juega el grado de reconocimiento social por parte del Estado y sus agentes y por ende, la participación más o menos leal o más o menos conflictiva de la familia en los programas sociales. Tal como señalan los investigadores, la *consideración* respetuosa de las necesidades de la familia por parte de los agentes públicos, genera en todos los casos analizados una respuesta de lealtad por parte de las familias hacia el Estado. Todas las familias logran establecer una relación consensual con la red de ayuda social cuando la interacción se produce desde una lógica equitativa y deferente. Estos gestos, aun cuando no se acompañen de subsidios o ayuda material, pueden ser claves en afirmar e incentivar al grupo familiar a persistir en su búsqueda de salidas a su situación de pobreza¹⁹.

9. La ayuda oportuna y pertinente

Esta condición resume casi todas las otras: para ser eficaz, la ayuda tiene que ser *oportuna* (tiene que llegar en el buen momento) y *pertinente* (tiene que ser adaptada al problema de tal familia). Tiene que haber una correspondencia entre el tipo de ayuda y las necesidades precisas del beneficiario.

La conclusión central de esta investigación señala que la incidencia del Estado en la movilidad social se juega en la *pertinencia* y *oportunidad* de su intervención en relación a las necesidades y a las pautas culturales que orientan al grupo familiar.

Que el Estado, a través de sus políticas sociales, favorezca o no un proceso de movilidad social, no depende de la lógica de interacción de los programas sociales, sino de la pertinencia de la respuesta pública a las necesidades, aspiraciones y adscripciones culturales de cada familia. Lo que hace la diferencia entre incidir o no incidir en una trayectoria familiar, es la capacidad del Estado de comprender la historia, las necesidades y la cultura familiar; esto es, la capacidad de generar respuestas estatales que se ajusten por tanto, a la singularidad de las trayectorias familiares. Las familias e individuos colaboran y participan activamente de los programas públicos, sea cual sea, cuando perciben la pertinencia y oportunidad de los recursos públicos a sus necesidades²⁰.

19 Fondecyt 1020318.

20 *Idem*.

Conclusión

Como se ve, el problema de la eficacia de los programas de ayuda pública a los indigentes y a los pobres es un tema de una gran complejidad, y todavía mal conocido. Es, en todo caso, bastante más complejo que los debates ideológicos simplistas entre “asistir”, “activar” o “reforzar el capital social” de los pobres. Es posible, como los investigadores lo hicieron aquí, identificar más o menos cuáles condiciones tienen que ser cumplidas para aumentar esta eficacia. Sin embargo, nada nos garantiza que, reuniendo todas estas condiciones, los Estados van a ser capaces de resolver el problema de la pobreza.

Cada una de las condiciones que hemos recordado aquí forman un todo: ellas se articulan unas con las otras, y no sabemos muy bien todavía cómo interactúan. Tampoco sabemos si todas tienen la misma importancia o si algunas son más decisivas que otras.

Sin embargo, de lo que podemos estar prácticamente seguros, es que *si los programas del Estado logran reunir el conjunto de estas condiciones, la probabilidad para que sean eficaces se aproximaría al cien por ciento.*

En claro: un indigente o un pobre, que tuviese la oportunidad de ser ayudado por un trabajador social bien formado y respetuoso (condición 8), que sepa escucharlo e identificar la ayuda oportuna y pertinente que necesita (9), retomaría seguramente la confianza y la fuerza necesaria (1), comprendería y se interesaría por las vías de superación alternativas a la pobreza (2) y se valdría de aquellos consejos más pertinentes de la asistente social (6); y si, además, este trabajador social dispusiera de los recursos suficientes para las necesidades de esta persona (3), podría ayudarlo a recalificarse y a encontrar un empleo (4) y así, reconstruir poco a poco su red relacional (5). Por supuesto, para llegar a este resultado, se necesitan trabajadores sociales de muy buena calidad (7), un mercado abierto a ofrecer trabajos dignos... *¡y un Estado que otorgue los medios para hacer bien su trabajo!*

Pero uno se puede preguntar si, más allá de su discurso ideológico, los Estados neoliberales tienen *realmente* la intención de resolver el problema de la pobreza. Si tales fueran realmente sus intenciones, *se atacarían a las causas de la exclusión y de la injusticia.* Es decir cambiarían de modelo económico y político. Pero, por lo que podemos observar, lo único que pareciera interesar es poner freno a los daños causados por este modelo, de manera a mantener la pobreza en los límites “razonables”. Delegar a un ejército de trabajadores sociales la difícil tarea de contener y de reducir lo más eficazmente posible la exclusión... permite también preservar el modelo económico y político que la retroalimenta constantemente.

Bibliografía

- Ariès, Philippe. 1975. *Essai sur l'histoire de la mort en Occident, du Moyen Age à nos jours*. Paris: Le Seuil.
- Bajoit, Guy. 2003. *Todo Cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*. Santiago de Chile: LOM (Traducido del francés por Hernán Pozo). Edición francesa: Bajoit, Guy. 2003. *Le Changement social. Approche sociologique des sociétés occidentales contemporaines*. Paris: Armand Colin.
- Bawin B., Voyé L., et al (bajo la dirección de). 2001. *Belge toujours. Fidélité, stabilité, tolérance: les valeurs des Belges en l'an 2000*. Bruxelles: De Boeck-Université.
- Bibeau, Gilles. 2004. "La notion de capital social", ponencia presentada en un coloquio organizado por la Ligue de Santé Mentale. Bruselas.
- Bréchon, Pierre (bajo la dirección de). 2000. *Les valeurs des Français, Évolutions de 1980 à 2000*. Paris: Armand Colin.
- Inglehart, Ronald. 1993. *La transition culturelle dans les sociétés industrielles avancées*. Paris: Economica. (Edición original en inglés: 1990)
- Márquez, Francisca, Espinoza, Vicente. 2004. Informe Final *Historias de movilidad social de familias pobres urbanas: respuestas estatales a historias singulares*, Fondecyt 1020318 – 7030019. Santiago.
- Moulian, Tomás. 1997. *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM.